

MEDICINA

La locura del trasplante

En las operaciones de trasplante de corazón realizadas hasta ahora se ha procurado ocultar un grave tema: el de la psicosis sufrida por el enfermo. El psiquiatra Donald T. Lunde, que ha formado parte del equipo de trasplante del doctor Shumway en la Universidad de Stanford, explica ahora que cinco de los trece pacientes operados en esa institución se volvieron paranoicos, con grandes síntomas de agotamiento. Otros psiquiatras y médicos han comenzado a aportar testimonios en ese sentido. Según Lunde, el problema empieza cuando el paciente comienza a soportar la espera de que aparezca un donante del que tomar el corazón, continúa cuando, la operación ya realizada, debe pasar meses en completo aislamiento, inmóvil, rodeado solamente de personas con máscaras esterilizadas, y todo ello sabiendo que en cada instante pueden comenzar en su propio cuerpo las reacciones de rechazo que le llevarán inevitablemente a la muerte. Hay también causas químicas: algunas de las medicinas suministradas para impedir la reacción de rechazo pueden causar psicosis. La enfermedad mental se presenta también en los parientes. Los padres de dos jóvenes de los que se tomó el corazón tuvieron depresiones graves que fueron atendidas clínicamente. Lunde relata el caso de un hombre que tuvo que esperar durante tres meses y medio la aparición de un donante. Se entregó a la bebida. La depresión se contagió a su esposa, que intentó suicidarse, de forma que cuando al fin se realizó el trasplante, la esposa estaba ya internada en una clínica psiquiátrica.

Curas de suicidio

Aparte de los casos, extremadamente raros, en que se trata de un acto voluntariamente espectacular, el suicidio sigue siendo algo misterioso. Los especialistas en sociopatología opinan consecuentemente que es inútil pretender establecer estadísticas serias o dedicarse a estudios comparados sobre el particular. Para apreciar las causas del suicidio podemos, en el mejor de los casos, referirnos a ciertas constantes como, por ejemplo, las edades en que es más frecuente: antes de los veinte años y entre los cincuenta y los sesenta; parece jugar igualmente un papel importante cierto contexto cultural. Hay que mencionar también la facilidad para conseguir, en una farmacia conocida, un veneno a la vez cómodo, eficaz y discreto.

A pesar de su importancia, la profilaxis del suicidio parece acarrear, incluso para los psi-

quiátras, una serie de dificultades insuperables. Algunos precizan la hospitalización preventiva de todos los «suicidas en potencia»; otros se oponen formalmente a tal idea y aconsejan la vigilancia a domicilio por medio de una antena móvil de enfermeros especializados y dirigidos por un psiquiatra. Pero, ¿no llega siempre un momento en que el sujeto se vuelve a encontrar solo, sin que pueda afirmarse de él que está curado?

Centros de prevención de suicidios funcionan, no obstante, en ciertos países y ciudades, especialmente en Los Angeles, donde, bajo la dirección de un psicólogo, un psicoanalista y un psiquiatra, una red telefónica bien servida permite a todo «candidato» pedir, en cualquier sitio y a cualquier hora, la ayuda que necesita. El «suicida en potencia» es sometido entonces a una psicoterapia de grupo que elimina su inconmensurable sentimiento de soledad y la idea insoportable de ser una persona aparte; así se facilita la tarea: ésta se convierte en una simple cura terapéutica al mismo título que las enfermedades más corrientes. No hay, como podría pensarse, auténticos suicidas «de situación» tras este acto de egoísmo llevado a su paroxismo; hay siempre, subyacente, una profunda perturbación psicológica.

Contra la obesidad

Tras toda una serie de ensayos, de observaciones y de medidas comparativas en torno al mecanismo y las estructuras que regulan el apetito y la saciedad en el reino animal, un equipo de investigadores, dirigidos por P. MacLeod, han llegado a la conclusión de que los hiperfágicos o, sencillamente, los glotonos, son ante todo unos ansiosos, incapaces de distinguir entre el hambre auténtica y las sensaciones de angustia, por lo cual reaccionan indistintamente a sus incitaciones absorbiendo alimentos.

Este comportamiento neurótico les convierte en verdaderos "toxicómanos de la comida", lo que explica el que en la mayor parte de las curas de obesidad se dé una importancia cada vez mayor a la psicoterapia.

Esta tiene como objeto apartar a los obesos de su conducta hiperfágica, ofreciéndoles otros alimentos. Lo ideal sería conseguir que los obesos llegasen a aborrecer su tóxico del mismo modo que los etílicos pueden llegar a aborrecer el alcohol.

Las drogas anorexígenas (que suprimen la sensación de hambre) están cada vez menos justificadas en el tratamiento de los auténticos obesos: no tienen interés más que para tratar a individuos pasajeramente bultimicos y desearos de volver a su peso normal después de engordar unos cuantos kilos.



Jazz

COLEMAN HAWKINS, DESCUBRIDOR DEL SAXO TENOR

Medio siglo es casi toda la historia del «jazz». Coleman Hawkins, que acaba de morir en un hospital de Nueva York, a los sesenta y cuatro años, ha tocado el saxofón tenor durante medio siglo. Era un niño de quince años cuando formaba parte de la orquesta que acompañaba a la cantante de «blues» Mamie Smith, y no había cumplido aún los dieciocho años cuando entró en la famosa orquesta de Fletcher Anderson. Perteneció a una época de pioneros, de descubridores, y su descubrimiento fue de primera importancia: el valor del saxo tenor. El instrumento estaba entonces despreciado en el «jazz» puro, relegado a las orquestas blancas comerciales y en las orquestas negras estaba simplemente incorporado para añadir un sonido. Coleman Hawkins encontró que la única manera de hacerse notar era tocar muy fuerte. Fue así como descubrió un sonido nuevo, rico y lleno, al que nutrió con su gran capacidad imaginativa. En sus primeras grabaciones era aún tosco, un poco brutal, un poco primitivo. Poco a poco se fue refinando, hasta ser un gran maestro. En 1930 era ya un solista unánimemente admirado, al que se consideraba con la misma calidad de Louis Armstrong o de Duke Ellington. En 1934 vino a Europa, donde tocó con Jack Hylton y con Django Reinhardt. En 1939 registró un disco que se considera no sólo el mejor de los suyos, sino uno de los mejores de toda la historia registrada del «jazz», su «Body and soul», considerado hoy como un clásico inmejorable. La palabra «clásico» puede aplicarse perfectamente a Coleman Hawkins en todos los momentos de su carrera. Existe la idea de que el músico de «jazz» es una especie de animal instintivo que toca porque sí, porque lo lleva

en la naturaleza. Es un error. El «jazz» es un trabajo lento, depurado, paciente, estudioso. Coleman Hawkins era hijo de una organista, que comenzó a enseñarle el piano cuando tenía cinco años, a los siete comenzó a recibir lecciones de violoncello y a los nueve se pasó al saxofón. Estudió armonía, contrapunto y composición, en Kansas. Y ni uno sólo de los días de su vida dejó de estudiar. Y de enseñar. Muchos de los grandes músicos de hoy —como Miles Davies— se declaran sus discípulos.

En estos últimos años de su vida, Coleman Hawkins había tomado el aire profético y solemne que es el de muchos de los músicos negros de hoy, el de Coltrane o el de Davies, o el del mismo Sonny Rollins. Hawkins había dejado que le creciera una larga y patriarcal barba gris y, con la mirada perdida, interpretaba algunos solos realmente impresionantes. En las primeras notas daba la sensación de que su instrumento iba a poder más que él. Probablemente una enfermedad profesional, un enfisema, le impedía arrancar del tenor todo el volumen de sonidos que hicieron su gloria hasta que, poco a poco, iba recuperando su maestría. De la misma forma que Louis Armstrong sólo alcanza su calidad cuando se dulcifican y se ablandan sus labios, encallecidos por la boquilla de la trompeta, que estarán sangrando abundantemente al final del recital (Armstrong comenzó a cantar para poder descansar de la trompeta). Hasta el día de su muerte, Coleman Hawkins ha seguido siendo admirado por todos y ha conseguido el milagro de pasar sin hundirse por todos los enormes cambios sufridos en medio siglo por la música negra de «jazz».